

y de María y si como en otras ocasiones hay quien la aventaje en el número de los contendientes, no habrá nunca quien le alcance el puesto de honor ni en la calidad de los héroes ni en lo sublime de las hazañas. Es verdad que España nunca ha rebotado, como otras naciones, plétorica de hombres; siglo tras siglo los españoles derramaron su sangre generosamente en defensa de la fe y en contra del mahometismo y después derramó su población en la gloriosa epopeya de civilizar al mundo arrancado por nuestro Colón a los océanos; pero si por tan relevante motivo faltaron en España las grandes masas no faltó jamás la levadura de los héroes en todos los órdenes: en el valor, en la inteligencia y en la santidad. En la patria de Santo Domingo y de San Ignacio, de San Vicente Ferrer y de San Francisco Javier, de San Pedro Claver y de Fray Bartolomé de las Casas, juzgamos moralmente imposible que falten los gérmenes de vida de los más excelsos heroísmos; por ésta razón cuando consideramos la extraordinaria grandeza de los apóstoles de estos tiempos, según las enseñanzas, tan férvidamente aceptadas por el espíritu católico de nuestros tiempos, y miramos de otra parte las páginas de nuestra historia, es imposible que renunciemos al inmenso consuelo de pensar que la patria de los Reyes Católicos, después de haber llevado a feliz término la obra más transcendental y bienhechora que realizara nación alguna, vuelva ahora sus brazos para estrechar gozosa a las naciones que engendró y sus ojos compasivos a los pueblos que arrojó de su suelo como a ponzoña de corrupción o de ignominia y ahora, con alientos nuevos se apreste a ganar para el cielo a los que arrojó de su tierra: a los judíos por considerarlos como foco de religiosa y moral corrupción y a los mahometanos como intrépidos invasores.

No fué odio el que impulsó a los Reyes Católicos a lanzar de España a los judíos fué el gran talento de preveer que ellos serían la ruina de Europa y quisieran librar a su patria de la general catástrofe que hoy sufre la Europa decadente y pobre y por eso los españoles se aprestarán invictos para abrazar como hermanos en Cristo a los que repudiaron por ser enemigos del divino Maestro. Y del mismo modo con paso firme continuarán su obra civilizadora en Marruecos hasta que vean al mogrevino imperio postrarse reverente para adorar al Dios hombre que reina desde la cruz y que nos enseña y apacienta desde el augustísimo Sacramento del Altar.

Nosotros esperamos con el alma henchida de esperanzas que de nuestra patria salgan los conquistadores de estos dos mundos de almas, enemigos de la Iglesia del Crucificado. La conquista de América fué un paréntesis, como ya hemos dicho, glorioso, pero que retrasó la continuación de la obra iniciada siete siglos antes en Covadonga. España y el mahometismo occidental principalmente habían entablado una lucha a muerte y no quedaría sin remate feliz para las armas cristianas. Hoy es el tiempo en que volviendo a continuar la obra iniciada por los Reyes Católicos y proseguida con tanto entusiasmo por el inmortal Giménez de Cisneros y por el tan glorioso primer Arzobispo de Granada, después de la Reconquista, vuelva España sus ojos de nación católica al Africa, no por codicia, no por ambición, hay que volver, en esto, al reinado de nuestra inmensa reina Isabel la Católica y así como ella estuvo dispuesta a dar todos sus tesoros privados para buscar las almas del Nuevo Mundo y ofrecerlas a Cristo, así también, hoy no